



La Santa Sede

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA ROMANA
DEL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

III domingo de Adviento, 13 de diciembre de 1981

1. *"Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo..." (Lc 1. 46-49).*

Queridos hermanos y hermanas:

Permitidme que, con motivo de la visita a vuestra parroquia, dedicada al *Corazón Inmaculado de María*, haga referencia a estas palabras de la Madre de Dios, que la liturgia de hoy ha elegido como Salmo responsorial.

La solemnidad de la Inmaculada Concepción acaba de celebrarse, marcando su signo feliz en todo el tiempo de Adviento. Por esto hoy —casi como prolongación de esta fiesta— puedo visitar la parroquia dedicada al Corazón Inmaculado de María, para poder pronunciar, juntamente con vuestra comunidad, las palabras de la adoración a Dios que *sólo* podían salir *del corazón* de la *"Llena de Gracia"*, y sólo en el corazón de la *"Llena de Gracia"* podían resonar con un eco tan profundo, como el que pedía su significado.

"El Poderoso ha hecho obras grandes por mí", dice Aquella que en la Anunciación se llamó a Sí misma "esclava", y en el *Magnificat* se expresó de manera análoga: "Ha mirado la humillación de su esclava".

¡Cuánto *amamos a esta esclava del Señor!* ¡Cuán profundamente le confiamos todo y a todos, la Iglesia, el mundo! ¡Cuánto nos dice su "humildad"! Constituye como el espacio adecuado para

que en Ella pueda revelarse Dios. Para que de Ella pueda nacer Dios. Para que por Ella pueda obrar Dios "de generación en generación".

¡Las palabras de María están realmente llenas de Adviento! Es difícil "sentir" bien la cercanía de Dios si no escuchamos estas palabras.

2. Quiero expresar mi alegría porque entre estas "generaciones", de las que afirma la Madre de Dios que la "llamarán bienaventurada", se encuentra vuestra parroquia desde el comienzo mismo de su existencia, que se remonta al 1936.

En esta oportunidad deseo saludar al cardenal Vicario, al obispo auxiliar de la zona, mons. Alessandro Plotti; al rvdo. p. Gustavo Alonso, superior general de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María o claretianos, y a los miembros del consejo general; al párroco, p. Tulio Vinci; al vicepárroco, p. Renato Logar; a todos los buenos y celosos religiosos que prestan su aportación de plegaria, de sacrificio y de entrega a las obras pastorales de la parroquia.

Un saludo también a las religiosas que trabajan en el ámbito de la parroquia: las religiosas Siervas de María de la congregación de Pistoya; las religiosas de la Caridad de Santa Antida Thouret; las religiosas de la Caridad del Príncipe Palagonia; las Misioneras Reparadoras del Sagrado Corazón.

Saludo igualmente a las asociaciones masculinas y femeninas, al consejo pastoral, a los padres, madres, a los jóvenes y a las jóvenes, a los niños, ancianos, enfermos; a todos los 11.000 feligreses de la comunidad parroquial. ¡Mi saludo cordial y afectuoso!

3. El *Adviento* nos habla en la liturgia de hoy con las palabras del *Magnificat* mariano. *Habla* también con otra *figura* que retorna continuamente en la liturgia de Adviento. Es Juan, hijo de Zacarías e Isabel, el cual predicaba en las orillas del Jordán.

He aquí el testimonio de Juan. ¡Ante todo de sí mismo! "¿Eres tú Elías? —No lo soy. —¿Eres tú el Profeta? —No. ¿Quién eres?— —Yo soy la voz que grita en el desierto".

Juan es voz. Ha dicho admirablemente San Agustín: "Juan es la voz, pero el Señor (Jesús) es la Palabra que existe desde el principio. Juan era una voz provisional, Cristo desde el principio era la Palabra eterna. Quitada la palabra, ¿y qué es la voz? Si no hay concepto, no hay más que un ruido vacío. La voz sin la palabra llega al oído, pero no edifica el corazón..." (*Sermo* 293, 3; *PL* 38, 1328).

Así, pues, Juan no es el Mesías, ni Elías, ni el Profeta. Y, sin embargo, *predica y bautiza*. "Entonces, ¿por qué bautizas?", preguntan los enviados de Jerusalén. Esta era la causa principal de su inquietud. Juan predicaba repitiendo las palabras de Isaías: "Allanad el camino del Señor",

y el bautismo que recibían sus oyentes era el signo de que las palabras llegaban a ellos y provocaban su conversión; los enviados de Jerusalén preguntan, pues: "¿Por qué bautizas?" (*Jn* 1, 25).

Juan responde: "Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, que existía antes que yo y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia" (*Jn* 1. 26 s).

Juan es un precursor: sabe que Aquel al que esperan, viene "detrás de él".

Juan es anunciador de Adviento. Dice: "En medio de vosotros hay uno que no conocéis".

Adviento no es sólo espera. *Es anunciación de la Venida. Juan dice: "El que debe venir ya ha venido".*

Las palabras de Juan junto al Jordán están llenas de Adviento; lo mismo que una vez las palabras de María en el umbral de la casa de Zacarías, cuando fue a visitar a Isabel, su pariente, la madre de Juan.

Las palabras de Juan están llenas de Adviento, aun cuando resuenan casi 30 años más tarde. La liturgia une el Adviento, expresado con las palabras de María, con el Adviento de las palabras de Juan. La venida del Mesías, que nacerá la noche de Belén del seno de la Virgen, y su venida en la potencia del Espíritu Santo, en las riberas del Jordán, donde Juan predicaba y bautizaba.

4. *El adviento de Juan se manifiesta con una actitud singular: Dice: no soy digno de desatar la correa de sus sandalias al que viene detrás de mí (cf. Jn 1, 27).*

Se trata de algo muy importante. En efecto, el Adviento significa una actitud. Se expresa mediante una actitud.

Juan en las riberas del Jordán la define con las palabras citadas. Mediante ellas vemos lo que dice de sí, *cómo se siente ante Aquel al que anunciaba.*

Sabemos que la correa de las sandalias se las desataba el siervo al amo. Y Juan dice: "No soy digno de desatar la correa de sus sandalias". ¡No soy digno! Se siente más pequeño que un siervo.

Esta es la actitud del Adviento. *La Iglesia la acepta plenamente* y repite siempre con los labios de todos sus sacerdotes y de todos los fieles: "Señor, no soy digno...".

Y pronuncia estas palabras siempre ante la venida del Señor, ante el adviento eucarístico de

Cristo: "Señor, no soy digno...". El Señor viene precisamente hacia los que sienten en lo más hondo su indignidad y la manifiestan.

Nuestras palabras, cuando inclinamos la cabeza y el corazón *ante la santa comunión*, están *llenas de Adviento*. Aprendamos siempre de nuevo esta actitud.

5. Lo que leemos hoy en la liturgia de la *primera Carta de San Pablo a los Tesalonicenses*, nos explica aún más ampliamente cómo debe ser en cada uno de nosotros esa actitud de Adviento, en el que se realiza la Venida, el Adviento de Dios.

Escribe el Apóstol: "Estad siempre alegres. Sed constantes en orar. En toda ocasión tened la acción de gracias... No apaguéis el espíritu, no despreciéis el don de profecía; sino examinadlo todo, quedándoos con lo bueno. Guardaos de toda forma de maldad" (*1 Tes 5, 16-22*).

Estos son, por así decirlo, los elementos constitutivos *de la actitud interior*, mediante la cual el Adviento perdura en nuestro corazón. Como hemos oído, está compuesto el Adviento de alegría y de oración constante. La una y la otra están unidas con el esfuerzo por evitar *toda especie de mal*. Al mismo tiempo, esta actitud interior se manifiesta como *apertura* a toda *verdad* de la profecía, tanto de la que proviene de Dios, y esto se realiza por vía de revelación y de fe, como también de la que proviene por el camino de la búsqueda honesta por parte del hombre. Actitud que se expresa en la disposición a hacer todo lo que es bueno, noble. Perseverando en esta disposición, el hombre permite al Espíritu Santo actuar en él y no permite que se apague en él la luz, que el Espíritu enciende en él alma.

El Apóstol escribe: "*No apaguéis el espíritu*".

La actitud de Adviento se expresa en la apertura interior a la acción del Espíritu Santo; en la obediencia a esta acción.

Y he aquí que cuando perseveramos en esta actitud, el Dios de la paz santifica hasta la perfección nuestro espíritu, el alma y el cuerpo se mantienen irreprochables para la venida de Nuestro Señor Jesucristo (cf. *1 Tes 5, 23*).

Pablo Apóstol, en la primera Carta a los Tesalonicenses, enseñó así a los primeros cristianos. Su enseñanza es siempre actual; *la actitud de Adviento* da al hombre la certeza de que Dios ha venido al mundo en Jesucristo; que ha entrado en la historia del hombre; que está en medio de nosotros; y que, al mismo tiempo, da al hombre la madurez del encuentro con Dios durante la vida terrena y la madurez del encuentro definitivo con El.

Aprendamos esta actitud.

Aprendámosla de año en año, de día en día.

A tanto nos invita y dispone toda la liturgia del Adviento.

6. ¿Quién es el que ha venido ya, y viene constantemente y debe venir definitivamente?

Mirad, es el que trae el alegre anuncio a los pobres, que venda las heridas de los corazones desgarrados, que proclama la liberación a los hombres privados de libertad, a los hombres obligados interior o exteriormente a la esclavitud.

El que promulga el año de misericordia del Señor (cf. *Is* 61, 1 s.).

Es necesario que aquí, en la parroquia del Corazón Inmaculado de María, El sea esperado con gozo; que todos repitan con María: "Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador" (*Le* 1, 47).

Que esta actitud interior de Adviento florezca en todos: en las personas ancianas que se acercan a los límites de la vida, y en los jóvenes que comienzan esta vida. Es preciso que esta actitud penetre en vuestras comunidades y en vuestros ambientes; que se convierta en *un clima de la vida familiar*. Que en él crezca y madure cada uno de los hombres en medio de todas las experiencias y pruebas que la vida no ahorra. Que en ella, en la actitud de Adviento, encuentren apoyo todos los que sufren: "Desbordo de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido un traje de gala" (*Is* 61, 10).

Que el Corazón Inmaculado de María obtenga a cada uno de vosotros esta alegría de salvación, que es más grande que todo lo que puede ofrecernos el mundo.